

El género como categoría de análisis

La tradición psicoanalítica de los estudios feministas apunta hacia referentes muy claros: Hélène Cixous, Luce Irigaray y Julia Kristeva. Desde distintos ángulos, las tres revisaron la noción sobre el cuerpo femenino y eligieron un camino diferente del caminado por otras teóricas como Shulamith Firestone y Kate Millet. La presencia de las primeras ha sido tan influyente en las propuestas contemporáneas que bien valdría la pena preguntarse si en la academia francesa ha habido un después a textos tan decisivos como *La risa de la medusa*, *Speculum* o las *Nuevas enfermedades del alma*. En *Le genre comme catégorie d'analyse. Sociologie, histoire, littérature*, diversos equipos universitarios dan fe de la larga historia registrada por la teoría feminista en Francia y se interrogan acerca del concepto "género": en qué forma ha sido integrado a la investigación interdisciplinaria y cómo marca el pensamiento de nuestro tiempo. Una de las aportaciones del texto es su enfoque, pues se propone identificar la diversidad de problemáticas que sobre el tema se registran desde la experiencia docente de las autoras y a partir de tres disciplinas universitarias: la sociología, la historia y la literatura.

Bajo la dirección de Dominique Fougeyrollas-Schwebel, Christine Planté, Michèle Riot-Sarcey y Claude Zaidman, de quienes también se incluyen artículos, otras doce académicas dan a conocer la dirección en la que están trabajando, las respuestas que están concediendo a las nuevas cuestiones que surgen en un sistema universitario que, a decir de Zaidman en la "Introducción", está dominado por el corporativismo de las disciplinas y la supervivencia de una de-

sigualdad laboral que favorece a los varones. En los dieciséis escritos que integran el volumen, a pesar de la variedad de temas abordados, metodologías y aparatos teóricos empleados, hay una coincidencia en la voluntad de analizar el concepto “género”, la reflexión (desde la perspectiva pedagógica) sobre si es necesario o no adoptar el término, la evaluación sobre las variables coyunturales que han determinado su discontinuidad dentro de la academia francesa, la relevancia de los textos precursores de Joan Scott y los posteriores de Judith Butler, y la certeza de que los estudios sobre el género contribuyen a debilitar las fronteras disciplinarias.

Varios de los artículos inician apuntando cómo “género” implica desde un concepto operativo hasta una noción borrosa. Los usos de la palabra “*genre*” van desde un sentido literario y artístico, biológico (“el género es superior a la especie”), asociado a lo femenino, hasta la convicción de que no existe una traducción exacta del término anglosajón. Imperó durante algún periodo, incluyendo la década de los ochenta, la perspectiva de que en Francia, la discusión no era necesaria, pues se planteaba que tanto el modelo de la guerra de los sexos importado desde Estados Unidos o el patrón mediterráneo del machismo no respondían a las necesidades de la sociedad gala. Así, la inexistencia del vocablo en la lengua francesa, primero, y su polisemia, después, contribuyeron a que el término “género” fuera entendido y acogido de manera distinta, según las disciplinas.

En el apartado dedicado a la sociología, Dominique Fougeyrollas-Schwebel recuerda que, en forma semejante a lo que ocurría en otras disciplinas y en otros espacios, los años ochenta fueron dominados por la voluntad de desconstruir los basamentos de esa área de estudio, motivada por los nuevos enfoques que brindaba el feminismo. Su proximidad con el marxismo fertilizó los múltiples análisis que surgieron sobre las prácticas sociales determinadas por la clase y el sexo. En cambio, la década de los noventa se interesó más por temas como la familia, la educación y el análisis del impacto de las políticas públicas en esos ámbitos. Desde la sociología se detecta un doble movimiento: el fin del ma-

trimonio como el único acceso legítimo a la sexualidad y el interés por investigar temáticas que durante un largo tiempo fueron marginadas, como la homosexualidad.

Esquemáticamente, explica esta especialista de la dupla trabajo y violencia, pueden señalarse dos grandes campos de investigación de la sociología, en su relación con el género, en Francia: el primero se propone “poner en evidencia las modalidades diferenciadas según los periodos, los grupos sociales, las condiciones de producción y reproducción de los grupos según el sexo” (p. 27). En esta línea, el concepto de género permite analizar cómo las organizaciones y las prácticas institucionalizan la diferencia de sexos en las sociedades. El segundo manifiesta de qué manera las investigaciones sobre el género se realizan según los ejes que corresponden a las grandes orientaciones de la sociología (la división sexual del trabajo, los modos de construcción de lo masculino y lo femenino, la fluctuación de las fronteras de género). En todos los casos, sin embargo, los enfoques vinculan los diversos dominios de la sociología y exhiben su potencial de transversalidad disciplinaria.

Al introducir el apartado sobre la historia, Michèle Riot-Sarcey subraya la función histórica del género al igual que la noción de jerarquía como uno de sus aspectos constitutivos. Recuerda la ambigüedad que ha persistido entre sexo y género y, al igual que en otros de los artículos, echa mano de los cuestionamientos de Judith Butler sobre la unidad del sujeto y lo que implica que el género pueda ser abordado como una interpretación múltiple del sexo. Mucho más interesadas en el problema las historiadoras que sus colegas varones, se privilegió, sin embargo, un enfoque sobre la historia de las mujeres por encima de una historia del género. La razón, arguye Riot-Sarcey, descansa en el método de análisis que no ha revisado, con insistencia, el uso de las identidades sociales en sus representaciones múltiples y evolutivas: “Eso significa aún transgredir las fronteras entre *lo privado*, *lo político* y *lo social*, confrontando a los sujetos críticos con las construcciones normativas que supuestamente los definen” (p. 83). Por ejemplo, pensar en el género como situado

en un punto intermedio entre la macro y la microhistoria, entre la continuidad y la discontinuidad, más allá de los espacios temporales ordinarios. El propósito sería evitar la reproducción tanto de las identidades construidas como de los determinismos sociales que las acompañan.

A partir de esta mirada, otras cuatro académicas reflexionan sobre la dupla historia y género. Entre ellas, Christine Bard describe el panorama contemporáneo de los historiadores franceses que siguen dudando en ser identificados como investigadores vinculados con temas sobre el género. En donde más se ha avanzado, aunque todavía queda mucho por decir, es en la historia de las mujeres, sobre todo porque mucho de lo que se ha escrito arroja una imagen negativa y caricaturesca o bien, se piensa que son investigaciones escritas por y para las mujeres, exclusivamente. Su texto culmina con una esquematización acerca de las ventajas y las desventajas de emplear las denominaciones "Historia de mujeres" o "Historia del género". Sylvie Chaperon, por su parte, discurre sobre las implicaciones del flujo semántico por el que transita la palabra "sexo". Se decanta entre el cuerpo, el género o la sexualidad, entre los cuales prevalece el paradigma biologizante. Los historiadores, afirma, disocian el género de lo sexual.

Desde la perspectiva de la literatura, Christine Planté, en "Genre, un concept intraduisible?", revisa críticamente los usos del concepto y advierte cómo se utiliza para designar tanto los estudios sobre las mujeres y la diferencia de sexos como para evitar decir "sexo", mujeres o feminismo (denominaciones "devaluadas", desbordadas ideológicamente, "pasadas de moda"). De aquí que se haya optado por echar mano de un abanico semántico de variadas connotaciones. Por ejemplo, sustituir "género" por construcciones nominales del tipo "Mujeres y literatura" y "Estudios femeninos" (en ambos casos, se separa a los objetos de estudio y se propone a la mujer como un sujeto anómalo dentro de la literatura), "Estudios feministas" (vincula el objeto, la problemática y el método a una demanda de igualdad y de reivindicaciones sociales); "Estudios de la diferencia sexual" (tiende a

sustancializar, a implicar una objetividad de la diferencia). Frente a las fórmulas anteriores, Planté se inclina por masculino/femenino, ya que indica de golpe en dónde radica el problema, al considerar tanto las representaciones como los/las actores/actoras reales.

En este sentido, se puede deducir que no hay un consenso en la utilización del vocablo y que los significados que genera tampoco encierran una verdad única y última. Más bien, apunta a la necesidad de pensar la diferencia de sexos como histórica, social y culturalmente construida, investida de sentido, pero constantemente retrabajada y desplazada. Implica considerar dos términos (masculino/femenino, mujer/varón) como un sistema; términos que no son ni iguales ni simétricos, pero que subrayan una jerarquía y una dominación de facto. Lo anterior implica estudiar el polo masculino como una construcción, de la misma manera en que se ha venido realizando con el femenino y analizar los diferentes niveles donde radica la diferencia (subjetividad, sexualidad, familia, derecho, sociedad, cultura, lenguaje, política, etc.).

Mireille Calle-Gruber, en *"Partages des genres et différence sexuelle"*, basa su propuesta en algunos conceptos tratados previamente por Nietzsche, Heidegger y Derrida. Del primero toma el de la "tercera oreja" y se lo atribuye a los pensamientos sobre la diferencia sexual, gracias a los cuales escuchamos aquello a lo que no tenemos acceso a través de la experiencia vivida. Tener conciencia de esto invita a emanciparse de una lógica binaria (objetivo/subjetivo, razón/intuición) y adoptar una perspectiva que parta de lo humano. La posibilidad de desconstruir esa lógica binaria y positivista es más factible si se concibe una diferencia "pre-dual" (planteada tanto por Heidegger como por Derrida) que pone en entredicho las categorías preestablecidas del humanismo y el antropocentrismo, de los discursos naturalizantes y determinados por el historicismo (ligados a un pensamiento teleológico). La lengua, en cambio, es el escenario ideal para desconstruir los códigos de las marcas sexuales discriminantes y explorar las relaciones multiplicadamente sexuadas.

Eleni Varikas cierra este volumen advirtiéndolo sobre lo arriesgado de presentar un libro con los grados de heterogeneidad que despliega (diversidad de aproximaciones, de métodos, de herramientas teóricas, de preguntas orientadas por los puntos de arranque de las disciplinas involucradas). Sin embargo, recuerda que esa misma característica registraron los estudios feministas en su origen. Se requiere también, aduce esta académica de la Universidad de París VIII, no subestimar la relevancia de los desencuentros lingüísticos que aparecen en los distintos artículos del volumen, ya que lo lingüístico remite también a cuestiones de orden conceptual y da fe tanto de la confrontación como de la simbiosis con las tradiciones intelectuales y las corrientes filosóficas y políticas de cada país. Las conclusiones de Varikas revisten un interés especial, pues abordan aspectos que contribuyen a las discusiones contemporáneas sobre el tema: la división sexual que se funda y reproduce en las relaciones de poder, los conflictos y las tensiones que predominan por encima del concepto de identidades fijas y constituidas, la resistencia pluriforme y dinámica que sigue marginando la experiencia de las mujeres en Francia, el proceso de normalización del término “género”, así como la esterilidad de trazar una frontera entre lo masculino y lo femenino.

Si bien, varios de los trabajos exponen las actividades emprendidas para fortalecer los estudios de género y sus problemáticas en centros de investigación o universidades específicas, el volumen no puede ser considerado como un informe de tipo local. Por el contrario, este texto brinda un panorama sugerente sobre el concepto discutido, información de gran interés sobre el estado del arte, una bibliografía actual que diversifica el conocimiento de los títulos más conocidos sobre el tema y que permite ubicar nuevos nombres en la escena teórica de los estudios de género. Sobresale, en especial, el interés por dar a conocer las prácticas de investigación que se están desarrollando en lugares como Lyon, Toulouse, Angers, Lille, Marseille, Saint-Etienne y París y se evidencia la preocupación por continuar con el diálogo, en forma interinstitucional e interdisciplinaria, sobre las estrategias desarrolladas

en torno de los estudios de género, así como alrededor del análisis de lo que el concepto “género” aporta en sí mismo. ●

Maricruz Castro Ricalde

Fougeyrollas-Schwebel, Dominique *et al.* (dirs.): *Le genre comme catégorie d'analyse. Sociologie, histoire, littérature*, L'Harmattan (Bibliothèque du Féminisme/RING), Paris, 2003, 234 pp.